Ven, Jarifa; tú has sufrido
Como yo; tú nunca lloras;
Mas ¡ay! triste que no ignoras
Cuán amarga es mi afliccion.
Una misma es nuestra pena,
En vano el llanto contienes....
Tú tambien, como yo, tienes
Desgarrado el corazon.

CUENTO.

EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA.

PRIMERA PARTE.

Sus fueros sus brios,
Sus prematicas su voluntad
QUIJOTE.—*Parte primera.*

Era mas de media noche,
Antiguas historias cuentan,
Cuando en sueño y en silencio
Lóbrega envuelta la tierra,
Los vivos muertos parecen,
Los muertos la tumba dejan.
Era la hora en que acaso
Temerosas voces suenan
Informes, en que se escuchan
Tácitas pisadas huecas,

Y pavorosas fantasmas
Entre las densas tinieblas
Vagan, y aullan los perros
Amedrentados al verlas:
En que tal vez la campana
De alguna arruinada iglesia
Da misteriosos sonidos
De maldicion y anatema,
Que los sábados convoca
A las brujas á su fiesta.
El cielo estaba sombrío,
No vislumbraba una estrella,
Silbaba lúgubre el viento,
Y allá en el aire, cual negras
Fantasmas se dibujaban
Las torres de las iglesias,
Y del gótico castillo
Las altísimas almenas,
Donde canta ó reza acaso
Temeroso el centinela.
Todo en fin á media noche
Reposaba, y tumba era
De sus dormidos vivientes
La antigua ciudad que riega
El Tórmes, fecundo rio,
Nombrado de los poetas,
La famosa Salamanca,
Insigne en armas y letras,
Patria de ilustre varones,
Noble archivo de las ciencias.

Súbito rumor de espadas
Cruje y un ¡ay! se escuchó;
Un ay moribundo, un ay
Que penetra el corazon,
Que hasta los tuétanos hiela
Y da al que lo oyó temblor.
Un ¡ay de alguno que al mundo
Pronuncia el último adios.

El ruido
Cesó
Un hombre
Pasó
Embozado
Y el sombrero
Recatado
A los ojos
Se caló.
Se desliza
Y atraviesa
Junto al muro
De una iglesia,
Y en la sombra
Se perdió.

Una calle estrecha y alta,
La calle del Ataud,
Cual si de negro crespon
Lóbrego eterno capuz
La vistiera, siempre oscura
Y de noches sin mas luz

Que la lámpara que alumbra
Una imágen de Jesus,
Atraviesa el embozado
La espada en la mano aun,
Que lanzó vivo reflejo
Al pasar frente á la cruz.

Cual suele la luna tras lóbrega nube
Con franjas de plata dorarla en redor,
Y luego si el viento le agita, la sube
Disuelta á los aires en blanco vapor:

Así vaga sombra de luz y de tinieblas,
Mística y aérea dudosa vision,
Ya brilla ó la esconden las densas tinieblas,
Cual dulce esperanza, cual vana ilusion,

La calle sombría, la noche ya entrada,
La lámpara triste ya pronta á espirar,
Que á veces alumbra la imágen sagrada
Y á veces se esconde la sombra á aumentar.

El vago fantasma que acaso aparece,
Y acaso se acerca con rápido pié,
Y acaso en las sombras tal vez desparece.
Cual ánima en pena del hombre que fué,

Al mas temerario corazon de acero
Recelo iuspirara, pusiera pavor;
Al mas maldiciente feroz bandolero
El rezo á los labios trajera el temor.

Mas no al embozado, que aun sangre su espada
Destila, el fantasma terror infundió,
Y, el arma en la mano con fuerza empuñada,
Osado á su encuentro despacio avanzó.

Segundo D. Juan Tenorio,
Alma fiera é insolente,
Irreligioso y valiente,
Altanero y reñidor:
Siempre el insulto en los ojos,
En los labios la ironía,
Nada teme y todo fia
De su espada y su valor.

Corazon gastado, mofa
De la mujer que corteja,
Y, hoy, despreciándola, deja
La que ayer se le rindió.
Ni el porvenir temió nunca,
Ni recuerda en lo pasado
La mujer que ha abandonado,
Ni el dinero que perdió.

Ni vió el fantasma entre sueños
Del que mató en desafío,
Ni turbó jamás su brío
Recelosa prevision.
Siempre en lances y en amores,
Siempre en báquicas orgías,
Mezcla en palabras impías
Un chiste á una maldicion.

En Salamanca famoso
Por su vida y buen talante,
Al atrevido estudiante
Le señalan entre mil;
Fueros le da su osadía,
Le disculpa su riqueza,
Su generosa nobleza,
Su hermosura varonil.

Que su arrogancia y sus vicios,
Caballeresca apostura,
Agilidad y bravura
Ninguno alcanza á igualar:
Que hasta en sus crímenes mismos,
En su impiedad y altiveza,
Pone un sello de grandeza
Don Félix de Montemar.

—

Bella y mas pura que el azul del cielo
Con dulces ojos lánguidos y hermosos,
Donde acaso el amor brilló entre el velo
Del pudor que los cubre candorosos;
Tímida estrella que refleja al suelo
Rayos de luz brillantes y dudosos,
Angel puro de amor que amor inspira,
Fué la inocente y desdichada Elvira.

Elvira, amor del estudiante un dia,
Tierna y feliz y de su amante ufana,

Cuando al placer su corazon se abria,
Como al rayo del sol rosa temprana:
Del fingido amador que la mentia,
La miel falaz que de sus labios mana
Bebe en su ardiente sed, el pecho ajeno
De que oculto en la miel hierve el veneno.

Que no descansa de su madre en brazos
Mas descuidado el candoroso infante,
Que ella en los falsos lisonjeros lazos
Que teje astuto el seductor amante:
Dulces caricias, lánguidos abrazos,
Placeres ¡ay! que duran un instante,
Que habrán de ser eternos imagina
La triste Elvira en su ilusion divina.

Que el alma vírgen que halagó un encanto
Con nacarado sueño en su pureza,
Todo lo juzga verdadero y santo,
Presta á todo virtud, presta belleza.
Del cielo azul al tachonado manto,
Del sol radiante á la inmortal riqueza,
Al aire, al campo, á las fragantes flores,
Ella añade esplendor, vida y colores.

Cifró en D. Félix la infeliz doncella
Toda su dicha, de su amor perdida;
Fueron sus ojos á los ojos de ella
Astros de gloria, manantial de vida.
Cuando sus lábios con sus lábios sella,

Cuando su voz escucha embebecida,
Embriagada del dios que la enamora.
Dulce le mira, extática le adora.

PARTE SEGUNDA.

..... Except the hollow sea's,
Mourns o' er the beauty of the Cyclades.
BYRON.—D. Juan, canto 4.

Está la noche serena
De luceros coronada,
Terso el azul de los cielos
Como trasparente gasa.

Melancólica la luna
Va trasmontando la espalda
Del otero: su alba frente
Tímida apénas levanta,

Y el horizonte ilumina,
Pura vírgen solitaria,
Y en su blanca luz süave
El cielo y la tierra baña.

Deslízase el arroyuelo
Fúlgida cinta de plata
Al resplandor de la luna,
Entre franjas de esmeralda.

Argentadas chispas brillan
Entre las espesas ramas,
Y en el seno de las flores
Tal vez aduermen las auras.

Tal vez despiertas susurran,
Y al desplegarse sus alas,
Mecen el blanco azahar,
Mueven la amorosa acacia,

Y agitan ramas y flores
Y en perfumes se embalsaman:
Tal era pura esta noche
Como aquella en que sus alas

Los ángeles desplegaron
Sobre la primera llama
Que amor encendió en el mundo,
Del Eden en la morada.

¡Una mujer! ¿Es acaso
Blanca silfa solitaria,
Que entre el rayo de la luna
Tal vez misteriosa vaga?

Blanco es su vestido, ondea
Suelto el cabello á la espalda,

Hoja tras hoja las flores
Que lleva en su mano, arranca.

Es su paso incierto y tardo,
Inquietas son sus miradas,
Mágico ensueño parece
Que halaga engañosa el alma.

Ora, vedla, mira al cielo,
Ora suspira, y se pára:
Una lágrima sus ojos
Brotan acaso y abrasa

Su mejilla, es una ola
Del mar que en fiera borrasca
El viento de las pasiones
Ha alborotado en su alma.

Tal vez se sienta, tal vez
Azorada se levanta:
El jardin recorre ansiosa,
Tal vez á escuchar se pára.

Es el susurro del viento,
Es el murmullo del agua;
No es su voz, no es el sonido
Melancólico del arpa.

Son ilusiones que fueron:
Recuerdos ¡ay! que te engañan,
Sombras del bien que pasó....
Ya te olvidó el que tú amas.

Esa noche y esa luna
Las mismas son que miraron
Indiferentes tu dicha,
Cual ora ven tu desgracia.

¡Ah! llora, sí, ¡pobre Elvira!
¡Triste amante abandonada!
Esas hojas de esas flores;
Que distraida arrancas,

¿Sabes adónde, infeliz,
El viento las arrebata?
Donde fueron tus amores,
Tu ilusion y tu esperanza.

Deshojadas y marchitas,
¡Pobres flores de tu alma!

—

Blanca nube de la aurora,
Teñida de ópalo y grana,
Naciente luz te colora,
Refulgente. precursora
De la cándida mañana.

Mas ¡ay! que se disipó
Tu pureza virginal,
Tu encanto el aire llevó
Cual la ventura ideal
Que el amor te prometió.

Hojas del árbol caidas
Juguetes del viento son:
¡Las ilusiones perdidas
Ay! son hojas desprendidas
Del árbol del corazon!

¡El corazon sin amor!
¡Triste páramo cubierto
Con la lava del dolor,
Oscuro inmenso desierto
Donde no nace una flor!

Distante un bosque sombrío,
El sol cayendo en la mar,
En la playa un aduar,
Y á lo léjos un navío
Viento en popa navegar;

Optico vidrio presenta
En fantástica ilusion,
Y al ojo encantado ostenta
Gratas visiones, que aumenta
Rica la imaginacion.

Tú eres, mujer, un fanal
Trasparente de hermosura
¡Ay de tí! si por tu mal
Rompe el hombre en su locura
Tu misterioso cristal.

Mas ¡ay! dichosa tú, Elvira,
En tu misma desventura,

Que aun deleites te procura,
Cuando tu pecho suspira,
Tu misteriosa locura:

Que es la razon un tormento
Y vale mas delirar
Sin juicio, que el sentimiento
Cuerdamente analizar,
Fijo en él el pensamiento.

—

Vedla, allí va que sueña en su locura
Presente el bien que para siempre huyó:
Dulces palabras con amor murmura:
Piensa que escucha al pérfido que amó.

Vedla, postrada su piedad implora
Cual si presente le mirara allí:
Vedla, que sola se contempla y llora,
Miradla delirante sonreir.

Y su frente en revuelto remolino
Ha enturbiado su loco pensamiento
Como nublo que en negro torbellino
Encubre el cielo y amontona el viento,

Y vedla cuidadosa escoger flores,
Y las lleva mezcladas en la falda,
Y, corona nupcial de sus amores,
Se entretiene en tejer una guirnalda.

Y en medio de su dulce desvarío
Triste recuerdo el alma le importuna,

Y al márgen va del argentado rio,
Y allí las flores echa de una en una;

Y las sigue su vista en la corriente,
Una tras otras rápidas pasar,
Y confusos sus ojos y su mente
Se siente con sus lágrimas ahogar:

Y de amor canta, y en su tierna queja
Entona melancólica cancion,
Cancion que el alma desgarrada deja,
Lamento ¡ay! que llaga el corazon.

—

¿Qué me valen tu calma y tu terneza,
Tranquila noche, solitaria luna,
Si no calmais del hado la crudeza,
Ni me dais esperanza de fortuna?
¿Qué me valen la gracia y la belleza,
Y amar como jamás amó ninguna,
Si la pasion que el alma me devora,
La desconoce aquel que me enamora?

—

Lágrimas interrumpen su lamento,
Inclina sobre el pecho su semblante,
Y de ella en derredor susurra el viento
Sus últimas palabras, sollozante.

.....
.....

.....
.....

Murió de amor la desdichada Elvira,
Cándida rosa que agostó el dolor,
Süave aroma que el viajero aspira
Y en sus alas el aura arrebató.

Vaso de bendicion, ricos colores
Reflejó en su cristal la luz del dia,
Mas la tierra empañó sus resplandores,
Y el hombre lo rompió con mano impía.

Una ilusion acarició su mente:
Alma celeste para amar nacida,
Era el amor de su vivir la fuente,
Estaba junta á su ilusion su vida.

Amada del Señor, flor venturosa,
Llena de amor murió y de juventud;
Despertó alegre una alborada hermosa,
Y á la tarde durmió en el ataud.

Mas despertó tambien de su locura
Al término postrero de su vida,
Y al abrirse á sus piés la sepultura,
Volvió á su mente la razon perdida.

¡La razon fria! ¡la verdad amarga!
¡El bien pasado y el dolor presente!.....
¡Ella feliz! ¡que de tan dura carga
Sintió el peso al morir únicamente!

Y conociendo ya su fin cercano,
Su mejilla una lágrima abrasó;
Y así al infiel con temblorosa mano,
Moribunda su víctima escribió:

«Voy á morir, perdona si mi acento
Vuela importuno á molestar tu oido:
Él es, Don Félix, el postrer lamento
De la mujer que tanto te ha querido.
La mano helada de la muerte siento....
Adios: ni amor ni compasion te pido....
Oye y perdona si al dejar el mundo,
Arranca un ¡ay! su angustia al moribundo.

«¡Ah! para siempre adios. Por tí mi vida
Dichosa un tiempo resbalar sentí,
Y la palabra de tu boca oida
Extasis celestial fué para mí.
Mi mente aun goza en la ilusion querida
Que para siempre ¡mísera! perdí....
¡Ya todo huyó, despareció contigo!
¡Dulces horas de amor, yo las bendigo!

«Yo las bendigo, sí, felices horas,
Presentes siempre en la memoria mia,
Imágenes de amor encantadoras,
Que aun vienen á halagarme en mi agonía.
Mas ¡ay! volad, huid, engañadoras
Sombras, por siempre; mi postrero dia
Ha llegado: perdon, perdon, ¡Dios mio!
Si aun gozo en recordar mi desvarío.

«Y tú, Don Félix, si te causa enojos
Que te recuerde yo mi desventura,
Piensa están harto de llorar mis ojos
Lágrimas silenciosas de amargura,
Y hoy, al tragar la tumba mis despojos,
Concede este consuelo á mi tristura:
Estos renglones compasivo mira;
Y olvida luego para siempre á Elvira.

«Y jamás turbe mi infeliz memoria
Con amargos recuerdos tus placeres;
Goces te dé el vivir, triunfos la gloria,
Dichas el mundo, amor otras mujeres:
Y si tal vez mi lamentable historia
A tu memoria con dolor trajeres,
Llórame, sí; pero palpite exento
Tu pecho de roedor remordimiento.

«Adios por siempre, adios: un breve instante
Siento de vida, y en mi pecho el fuego
Aun arde de mi amor: mi vista errante
Vaga desvanecida.... ¡calma luego,
Oh muerte, mi inquietud!.... ¡Sola.... espirante!....
Amame: no, perdona: ¡inútil ruego!
Adios, adios, ¡tu corazon perdí!
—¡Todo acabó en el mundo para mí!»

Así escribió su triste despedida
Momentos ántes de morir, y al pecho
Se estrechó de su madre dolorida,
Que en tanto inunda en lágrimas su lecho.

Y exhaló luego su postrer aliento,
Y á su madre sus brazos se apretaron
Con nervioso y convulso movimiento,
Y sus lábios un nombre murmuraron.

Y huyó su alma á la mansion dichosa
Do los ángeles moran.... Tristes flores
Brota la tierra en torno de su losa;
El céfiro lamenta sus amores.

Sobre ella un sauce su ramaje inclina,
Sombra le presta en lánguido desmayo,
Y allá en la tarde, cuando el sol declina,
Baña su tumba en paz su último rayo....

PARTE TERCERA.

CUADRO DRAMATICO.

Sarg. ¿Teneis mas que parar?
Franco. Paro los ojos.
.....
Los ojos, sí, los ojos: que descreo
Del que los hizo para tal empleo.
MORETO.—*San Franco de Sena.*

PERSONAS.

D. FÉLIX DE MONTEMAR.
D. DIEGO DE PASTRANA.
SEIS JUGADORES.

En derredor de una mesa
Hasta seis hombres están,
Fija la vista en los naipes,
Miéntras juegan al parar;

Y en sus semblantes se pintan
El despecho y el afan:
Por perder desesperados,
Avarientos por ganar.